

CONFERENCIA V

EL ANARQUISMO

1. **Fracaso del socialismo.**—Por grandes que sean los extravíos fundamentales del socialismo, hay que reconocer que entraña algo digno, que lo eleva mucho por encima del liberalismo, y es la tendencia á reconstituir la sociedad destruída por los principios individualistas. Mérito es, pues, para él el haber observado el mal y el haberse esforzado en remediarlo.

Pero sólo esto. Su ensayo ha fracasado. Aun más: debía fracasar desde el primer momento, ya que, para decirlo de una vez, según los principios que ha hecho suyos, el resultado no podía ser otro que la disolución completa de la sociedad.

2. **Su fundamento consiste en el desprecio de la historia.**—Y, ciertamente, no hay que dirigirle grandes censuras por no haber logrado refundir la sociedad, ya que es esta una de las más grandes y difíciles empresas que puede proponerse el hombre, empresa de la cual bien puede decirse que, por sí solas, las fuerzas humanas no pueden llevarla á cabo. Ya no es cosa fácil armonizar los derechos y obligaciones de los particulares que forman una pequeña sociedad; ¿qué ocurrirá, pues, tratándose de la gran sociedad humana?

Sin embargo, no es posible excusar de su fracaso al socialismo. Precisamente porque la empresa era sumamente difícil, no debía acometerla en la forma en que lo ha hecho. Su desprecio de la historia y de la tradición se ha vengado aquí de la completa postergación que ha hecho de la cooperación salvadora de la religión. Si jamás hubiese existido la sociedad, antes que el liberalismo la hubiese

minado y disuelto, se le podría absolver de que hiciese ahora un ensayo de reedificación, de conformidad con las nuevas ideas. Pero hace ya mucho tiempo que existe una doble sociedad, la eclesiástica y la civil, sociedades que, ante todo, debía haber estudiado, para conservar de ellas lo que era aprovechable para la reedificación de la nueva sociedad civil y lo que debía someterse á un cambio conforme al tiempo. Pero, en vez de hacer esto, creyó el socialismo encontrar una garantía para la prosperidad de su nueva empresa precisamente en su completo alejamiento de la sociedad antigua, y la consecuencia de todo ello ha sido el fracaso que ya conocemos. Toda reforma, cualquiera que sea el terreno en que se intente, ya en la vida espiritual, en la filosofía, en la teología, en el arte, ya en la moral ó en la vida pública, que prescinda de su enlace con la tradición, y que quiera empezar completamente de nuevo, tiene que acabar como cuando se empeña uno en edificar una casa en el aire. Responsabilidad muy grande sería la del que se empeñase en construir una casa de dos pisos sin sólidos fundamentos. Así, pues, ¿qué locura, qué criminal ligereza, la de querer levantar tan gigantesco edificio sobre hipótesis fantásticas que se burlan de toda realidad!

3. **Los dos principales errores del socialismo.**—Por esto debía fracasar el ensayo, como fracasará siempre toda reforma que quiera crear de nuevo, hasta sus fundamentos, y no estudie y utilice á fondo lo pasado. En el caso presente, el fracaso se debió á dos causas fundamentales.

Creyeron los socialistas que, para ordenar la sociedad, sólo tenían que convocar á son de tambor á las masas populares, llenarlas de odio contra las clases, como ellos dicen, enseñarles algunas frases de efecto, y, armados con ellas, atacar un punto determinado. Esto sería lo mismo que si un tribuno popular tratase de arrojar del país á un ejército enemigo destruyendo la antigua organización de los batallones y regimientos, en la esperanza de que únicamente el odio general al enemigo y el deseo de libertar

la patria bastaría y supliría á todo. Naturalmente, sucumbirían estas huestes, y tanto más fácilmente, cuanto que más numerosas fuesen.

Una de las grandes faltas del socialismo consiste en que nivela por completo á los miembros de la nueva sociedad, y—sin duda alguna con mucha consecuencia—los pone en comunicación directa con la comunidad. De aquí que niegue en absoluto la idea de organismo. Para que en un cuerpo humano todas las partes sean iguales entre sí, y simétricamente opuestas al todo, preciso es que el proceso de disolución esté muy adelantado. Mientras el cuerpo está animado, sus partes principales deben unirse, como miembros independientes, unas al corazón, otras á los pulmones, á los ojos, á las manos, y, sólo de este modo unidas al todo, le son útiles y sacan de él su propio provecho. ⁽¹⁾ Lo mismo ocurre en toda orgánica ordenada, y, por consiguiente, única y poderosa sociedad. La organización de todo buen ejército debía haber inspirado á los socialistas este conocimiento, así como también la forma de la sociedad antigua, antes de que la dominase el liberalismo, y esto en el supuesto de que no quisieran aprender ni aceptar nada de la Iglesia, la que, ciertamente, podía servirles de modelo en esto, pues precisamente lo que ellos en su ceguera combaten con tanta violencia, la constitución de clases, en otros términos, las instituciones orgánicas de la sociedad, es la condición indispensable de su eficaz prosperidad, y aun de su existencia. Su antigua forma estaba ciertamente necesitada de múltiples reformas; pero, por esto, no debía en manera alguna abandonarse el principio de la organización de los miembros. Y aquí es donde el socialismo ha cometido estúpidamente más faltas que el mismo liberalismo. Ciertamente, dar aquí con el justo medio, sin herir las condiciones indispensables de la vida de la humanidad, sin dañar los derechos históricos, sin faltar á las exigencias de lo presente ni á la consideración de lo futuro, equivaldría á realizar una obra maestra.

(1) Véase Apéndice I, n. XII.

La otra gran falta del socialismo, falta que necesariamente va unida á la primera, consiste en la negación de toda sólida autoridad. Donde no existen miembros orgánicos, no puede haber unidad; donde no hay unidad, no puede existir la autoridad; y donde no impera la autoridad, no puede haber ni unidad, ni organismo, ni actividad común eficaz y benéfica. Desde la cátedra pueden fácilmente pronunciarse frases confusas sobre comunidad de sentimientos, sobre la consideración de las clases sociales, sobre la tendencia á un fin, frases que el socialismo ha aprendido de su maestra de escuela, la ciencia panteísta y materialista; pero organizar y regir con ellas una sociedad, equivaldría á mandar un ejército con los gritos de un niño de pecho. El que se atreva á creer que este ejército se mantendrá unido ante el fuego del enemigo, únicamente á causa de la comunidad de sentimientos, debe ser hombre de alientos.

4. Disolución de la sociedad por el socialismo.—

En semejantes circunstancias, fácil es comprender que el socialismo haya dejado de ser tan pronto peligroso. Sólo se mostró terrible cuando era de esperar que aprendería algo de la historia y de la naturaleza de la vida común; pero, según todas las apariencias, no ocurrirá nada de esto, sino que lo único que puede esperarse de él es que se entretenga en escaramuzas ó revoluciones, pero no en edificar sólidamente nada nuevo; y así, él mismo se anulará y entrará en el campo del anarquismo, el cual, ciertamente, forma ya parte de su naturaleza.

Ya desde el principio, nos vimos obligados á relacionar estrechamente el socialismo y el anarquismo, y la razón es clara. Verdad es que, cuando se emplea la expresión *colectivismo*, se quiere indicar únicamente una orientación del socialismo; pero, en el fondo, es esta la expresión conveniente á su orientación general. El socialismo ha despreciado la única y natural organización posible de la sociedad, y con esto se ha privado del derecho de llamarse socialismo. En su lugar, ha inventado una teoría de vida so-

cial artificial, antinatural, imposible. Según ella, no es posible establecer una unidad, un todo completo, sino que todos los participantes de tan atrevida empresa son unidos ó amontonados en común, sin distinción alguna, y, en su mayor parte, encadenados por la común necesidad, como presidiarios. De aquí que la palabra colectivismo sea la más conveniente, ó por lo menos, la más suave que se pueda encontrar. El socialismo quiere sustituir la sociedad con una masa informe, sin cabeza ni miembros. He aquí la razón que le obliga, quiéralo ó no, compréndalo ó no, á pulverizar á la sociedad, la mayor parte de las veces por la opresión y la sangre, en átomos, y á completar así la obra del liberalismo. Y así, no por capricho, sino por necesidad, muchos socialistas, y precisamente los más convencidos y más consecuentes, han acabado por convertirse en anarquistas; y aun añadiremos que, obligado por la lógica de los hechos, debe el socialismo transformarse en anarquismo.

5. Proudhón, padre del anarquismo.—No hay que creer que todos los anarquistas son hombres como Ravachol y Most, que todos son incendiarios y asesinos que sólo pueden almorzar tranquilamente cuando han asado un trozo de carne humana en el incendio del globo entero. Desgraciadamente, hay muchos, demasiados, ⁽¹⁾ partidarios del programa de Netschajew y de Most sobre la propaganda por el hecho; ⁽²⁾ pero éstos forman, proporcionalmente, la minoría, por lo que no se comprendería á fondo el anarquismo y su época, si nos fijáramos únicamente en estas excepciones.

Para apreciar el peligro en toda su extensión, no hay que estudiarlo allí donde se manifiesta alguna vez en forma de erupción volcánica, sino en su hogar subterráneo, en el cual no cesa de roer, lenta y silenciosamente, hasta minar por completo el suelo en que se apoya, la sociedad. No hay que buscar los más terribles anarquistas entre los

(1) Pesch, *Liberalismus, Sozialismus, etc.*, (2), III, 93 y sig.

(2) *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, (2), I, 307 y sig. Pesch, *obra citada*, (2), III, 72 y sig.

héroes del petróleo y del puñal, sino entre los pensadores y organizadores, los cuales son con frecuencia hombres de elevada posición y educación, de costumbres finas y carácter pacífico, que no quieren destruir, sino dirigir y servir á la justicia.

El modelo de éstos es Proudhón, el primero que empleó la palabra anarquismo como ideal del futuro orden social. «Ninguno—dice Carlos Périn—ha acentuado tanto como él la doctrina de la *inmanencia* ó de la *inneidad* ⁽¹⁾ de la idea de *justicia*». ⁽²⁾ Esta palabra constituye su programa; en ella consiste el atractivo y la seducción de su teoría, como también el aspecto criminal que ofrece. Fundar la sociedad en la justicia; he aquí el deber de toda actividad social. Pero la causa de todos sus errores consiste en considerar á la justicia únicamente como efecto de la conciencia «humana, puramente humana, completamente humana»,—para hablar con Proudhón,—y declarar como injusticia contra la humanidad intentar siquiera hacer derivar la justicia de un principio más elevado, sobrehumano. Aquí podría convencerse Hugo Grocio, mejor que en ninguna otra parte, del mal que ocasionó con su concepción del derecho natural. ⁽³⁾ Según Proudhón, únicamente es justo lo que procede del hombre mismo, por consiguiente, sólo lo que en absoluto goza de libertad é igualdad, porque todos los hombres son libres é iguales. De aquí que sólo sea justo lo que uno saca de su interior como su propia ley, pues ley y legislador son una sola y misma cosa. Desde el momento en que uno acepte de otro una medida para su derecho y su deber, aunque proceda de una gran mayoría, y aun de la sociedad entera, ya no es libre, ya no existe la justicia. Pues como la justicia es producto de la conciencia,—entiéndase que, según esta terminología, conciencia no significa otra cosa que conocimiento de uno mismo,—cada uno es juez del bien y del mal, y la única

(1). «Cualidad de lo que es innato» (Nota del Traductor).

(2) Périn, *Die Lehren der Nationalökonomie seit einem Jahrhundert*, 1882, 157 y sig. Pesch, *obra citada*, (2), III, 46 y sig.

(3) Véase Conf. IX.

autoridad sobre sí mismo. Pero así también cada uno es otro para sí mismo. De esto se deduce naturalmente un sistema social completamente distinto del anteriormente existente. Hasta entonces, imperaba la superioridad y la inferioridad, pero, en adelante, debe reinar la igualdad, la reciprocidad, la garantía de los servicios mutuos. Éstos, en conjunto, son el origen del poder. Pues ya la soberanía no procede de arriba, sino del cambio, es decir, de la actividad común de la misma libertad. Semejante soberanía no podrá ya oprimir á nadie, tanto más cuanto que cada uno tendrá su parte proporcional, uniforme, y contribuirá á ella en la misma soberana manera, durante el tiempo que le plazca. De aquí que la sociedad anárquica sea un bien muy grande: toda obediencia es en él superflua, el trabajo atractivo, divinizado, y, finalmente, la religión habrá perdido su carácter opresor, pues ya no será otra cosa que estimación á los ojos de la humanidad, la cual se divinizará y se adorará á sí misma con el nombre de Dios. Con este conocimiento, cesará todo secreto, y la religión se hará tan agradable como humana.

6. Desarrollo del anarquismo.—Así, poco más ó menos, se expresa el padre del anarquismo. Hay que confesar que esta doctrina es muy atractiva, y de aquí que cautive más á los espíritus serios, que cuando algunos poseídos excitan á la destrucción de todo lo existente. Pero también hay que reconocer que Proudhón, no se limitó á exponer las líneas generales de su teoría, sino que la ofrece completamente terminada, hasta el punto de que sus sucesores no le han añadido nada importante, lo que, por otra parte, no sería cosa fácil. ⁽¹⁾

Moisés Hess ha desarrollado dos nuevas ideas, que Proudhón, no hizo más que indicar ligeramente. En primer lugar, que la supresión de toda autoridad en el anarquismo debe ser total, excluyendo especialmente toda cla-

(1) Pesch, *Liberalismus*, etc., (2), III, 44-108 *Handw. der Staatsw.*, (2), I, 304-320. Dunin-Borkowski en las *Voces de Maria-Laach*, LVI, 357-388.

se de autoridad espiritual, y sobre todo, la Iglesia. En segundo lugar, que el anarquismo debe preservar al hombre de toda influencia extraña, lo que seguramente se logrará acostumbrándole á decidirse á obrar siempre por sí mismo. Ni siquiera para saciar el hambre, debe uno dejarse forzar al trabajo; mucho menos por el látigo. Todos deben trabajar únicamente porque así les plazca, y por el tiempo que les plazca; cuando quieran y lo que quieran. «Y no se crea—dice Carlos Grün—que así no podría existir la sociedad; al contrario, realizará progresos que no son posibles hoy día en el estado actual de esclavitud. Del trabajo se hará un juego que se realizará con vestidos de fiesta; niños y niñas de 15 años harán todo el trabajo social». Así se expresaban los anarquistas de antaño, en su romántico utopismo que habían aprendido de sus maestros Fourier y Cabet. Ya hemos hablado de estos sueños inofensivos en otra parte, ⁽¹⁾ por lo que nos limitamos á referir al lector á lo que ya tenemos dicho sobre esto.

El anarquismo se hizo más temible cuando los rusos se convirtieron en adalides del mismo. Nada dijeron de nuevo, pero vertieron las ideas antiguas en formas tan sólidas, que, de grado ó por fuerza, ha tenido el mundo que contar con ellas. Bakunín es el que más ha contribuido á ello. «Con la palabra autoridad—dice—nada se ha dicho. ¿Qué vamos ganando con que se diga que no es lícito que exista superioridad é inferioridad? Con ello se puede pensar todo y no pensar nada, pero nadie puede sacar un resultado práctico de expresiones tan indecisas. Ideas claras y claras palabras; he aquí lo que necesitamos. Autoridad, soberanía, significan únicamente Estado, ciertamente todo Estado, y el Estado según su naturaleza. No se trata de la forma de este ó de aquel Estado que obre despóticamente, sino de la existencia misma del Estado. Toda soberanía supone súbditos, y de aquí las palabras superioridad é inferioridad. He aquí porqué debe desaparecer el Estado, si se quiere asegurar la libertad y la igualdad. En vez del

(1) *Apología*, 2.^a parte.

Estado, la sociedad completamente libre. Esto no originará ningún desorden, sino, por lo contrario, un orden hasta ahora completamente desconocido, el orden de la solidaridad, el cual se establecerá por sí mismo una vez que haya desaparecido el obstáculo de la vieja estupidez del Estado».

Quizás sea esta la más tangible y consecuente expresión del anarquismo. Al lado de esta concepción, parece la de Krapotkín algo así como un retroceso á las antiguas teorías del pan de alajú de los optimistas franceses. Éste se complace en pintar la palabra libertad tan fantásticamente como le es posible. Cada uno hace lo que quiere, toma lo que encuentra, hace para ello lo que le conviene. Pero, al proceder así, nada tiene que temer la sociedad, porque cada cual se siente impulsado por su buen corazón á ser útil al todo, y tanto más cuanto que de mejor situación goce. Así se expresa este hombre extraño, el cual, después, usa con sus cómplices un lenguaje que no desdeñaría el tigre más feroz.

7. El anarquismo es un crimen contra la sociedad.

—Con esto se echa de ver que las ideas del anarquismo han llegado ya á su límite, y que sólo pueden ofrecer pequeñas variaciones, pero no ulterior desarrollo. Es natural. Allí donde todo está derruido, desde los cimientos hasta el techo, no es posible continuar la demolición. De aquí que los más modernos anarquistas, especialmente J. H. Mackay y B. R. Tucker, digan ahora que las ideas están ya suficientemente difundidas, por lo que se les puede dejar libre curso. Sin violencia alguna, puestas en el camino de su natural desarrollo, conseguirán la victoria por su propia virtud. Quizás deba la humanidad,—la cual no es accesible á la sabiduría, mientras tenga la posibilidad de cometer una estupidez—cometer antes «la última estupidez universal de la historia del mundo», soportando al Estado socialista; pero esto es preciso para que se convenza de que el anarquismo es inevitable, y para prepararla á su pacífico advenimiento. ⁽¹⁾

(1) Elster, *Wörterbuch der Volkswirtschaft*, I, 70.

Con esto queda terminada la exposición del anarquismo, con un lenguaje tan dulce y culto, como seductora es la pintura de su esplendor. Claro está que muchos se afilian al anarquismo sin tener idea de sus intenciones y sin voluntad de participar de ellas. Así, asegura Mauricio de Egidy que el 18 de Enero de 1894 asistió á una reunión de supuestos anarquistas en Berlín, y, con la mayor compasión, convenciéndose de que todos los concurrentes eran hombres sin trabajo, los cuales únicamente producían una impresión de enervamiento y de temor. ⁽¹⁾ Anarquistas de esta clase son pobres seducidos dignos de lástima, que no saben lo que hacen, víctimas del desorden social, repudiados por la sociedad, pero ciertamente mejores que los liberales de la culta y rica sociedad que los rodea. Merecen la mayor compasión, no sólo por su miseria, sino también porque la sociedad sin entrañas, en vez de darles pan, les obliga á abrigar en su seno el escorpión de las ideas anarquistas, cuya mordedura los envenena interiormente y les priva de todo resto de consideración moral y religiosa, y casi podríamos decir de todo sentimiento de humana dignidad y decoro.

Pues este es el último resultado, por no decir el último objeto, del anarquismo, y, en todo caso, su mayor crimen contra la humanidad. Y este crimen tanto más pesa en la balanza, cuanto que con más esmero ha sido elaborado y ejecutado, y cuanto que con mayor malicia se ha ocultado á las masas el alcance de las ideas anarquistas.

8. Anarquismo espiritual.—El anarquismo promete en apariencia mejorar brillantemente la situación social. En realidad, lo primero que se propone realizar es el anarquismo espiritual. Bakunín considera como indispensable, para la realización del anarquismo, el ateísmo y el materialismo más completo. ⁽²⁾ Esto equivale á fijar el sentido de

(1) *Gesellschaft*, X, (1894) 362.

(2) Pesch, *Liberalismus*, etc., (2), III, 69. Dunin-Borkowski en las *Voces de María-Laach*, LVI, 172-191.